

Maxi Rodríguez

Teatro precario

Desahogo libertario en siete preguntas
para cuatro actores

Prólogo de Xuan Cándano



1ª edición, 2011

Ilustración de cubierta: Fotografía de Alba Urban Baños, 2011.

Reservados todos los derechos. No se permite reproducir ni transmitir parte parte de esta publicación, cualquiera que sea el medio empleado, sin el permiso previo de los titulares de los derechos de la propiedad intelectual.

© Editorial Anagnórisis

© Maxi Rodríguez, 2011

© Del prólogo: Xuan Cándano, 2011

ISBN: 978-84-939644-4-3

Depósito legal: B-42656-2011

¡Indignaos, pero con humor!

- Ayer oí una conversación genial en la peluquería. Me acordé de tu amigo Maxi Rodríguez.

Gregorio Morán fue el último que me confesó que echaba de menos a Maxi Rodríguez para ejercer de notario en un diálogo de calle. Interesante o delirante, porque los dos adjetivos son sinónimos cuando hablamos de lo que hablan los demás en Celtiberia, donde la crisis aún no ha acabado con el ingenio popular.

Gregorio Morán, que es otro observador sagaz, cierra por ahora una lista interminable, porque algo parecido me han dicho muchas veces muchas personas que saben que comparto

risas, complicidades, amistad y colaboraciones periodísticas con Maxi Rodríguez.

La gente reconoce en Maxi Rodríguez a un maestro de los diálogos, se identifica con ellos, le resultan cotidianos, naturales, le arrancan carcajadas, una sonrisa ácida o una aguda reflexión. Y, por tanto, se rinde ante su talento, porque quien domina los diálogos también lo hace con las artes escénicas, donde destaca especialmente desde que era casi un crío, este dúctil y polifacético creador asturiano.

Maxi Rodríguez es el rey de los diálogos porque le gusta la gente tanto como a la gente le gusta lo suyo. Es un periodista sin título, no solo por esa afición suya a los medios, que lo convierte en uno de esos devoradores compulsivos de periódicos, incapaz de tomar una caña en un bar sin repasar el periódico del día, aunque sea en el local más cutre de la provincia más remota de la geografía española. Maxi es un periodista que no trabaja en ninguna redacción porque tiene siempre despierta la curiosidad

y una evidente capacidad de observación, esas cualidades que están desapareciendo en el viejo oficio de informar, tan devorado por las máquinas y el conformismo.

Pero, virtudes profesionales a parte, Maxi Rodríguez domina con brillantez los diálogos por otro detalle nada intrascendente: no tiene coche. Y ya sabemos, porque nos lo dijo el genial Rafael Azcona, que para hacer buenos guiones hay que viajar mucho en el transporte público. Para el escritor y guionista riojano el cine no había superado su crisis de creatividad desde que sus colegas habían abandonado los autobuses. Aludía al cine italiano, pero podría incluir al nuestro sin faltar a la verdad.

Cuando fundamos la revista *Atlántica XXII*, decidimos prescindir de las colaboraciones fijas. Una de las escasas excepciones fue la de Maxi Rodríguez, por razones obvias. En Asturias, donde se edita la revista, Maxi es uno de los creadores más admirados y reconocidos por el gran público. Es nuestro Darío Fo, con su colaboración, calidad y éxito están

garantizados.

Yo, como director, me limité a pedirle que escribiese lo que le diera la gana, pero le sugerí que marcara distancias con otras colaboraciones mediáticas suyas, que se han hecho clásicas en Asturias por su humor delirante e inteligente.

Maxi no necesitaba indicación alguna porque lo tenía muy claro. Sin abandonar los diálogos, donde no tiene competidor, cambió el costumbrismo cotidiano por el realismo social, sin abandonar el humor y la ironía, porque los asuntos graves y las denuncias se expresan mejor con una sonrisa.

Y la respuesta del público fue la habitual cuando se habla de Maxi. Sé de muchos lectores de *Atlántica XXII* que empiezan siempre su lectura por el «Teatro Precario» de Maxi Rodríguez, que casi cierra cada número, pero abre las ganas de lectura de los seguidores de esta revista, que son críticos y exigentes.

El «Teatro Precario» de Maxi Rodríguez es una píldora teatral que el autor ofrece cada dos meses, una joyita escénica bimestral que se representa solo en la imaginación de cada lector, una pequeña obra breve que apenas ocupa dos páginas.

Las colaboraciones «atlánticas» de Maxi Rodríguez son teatro social sin tapujos y abierta denuncia política, pero nada tienen que ver con el panfleto y, mucho menos, con el criticismo infantil, el maniqueísmo o el dogmatismo que tanto daño hizo al género en el pasado.

Maxi es duro en sus retratos sociales, en uno, incluso, se desliza hacia el dramatismo y aparece un suicidio. Pero huye tanto de las grandes verdades, de las soluciones, de los adoctrinamientos, que los títulos de las pequeñas obras de «Teatro Precario» siempre están entre interrogaciones, porque Maxi es hijo de la transición, del desencanto y de la muerte de las utopías. Debe hacer suyo aquello que cantaba Jorge Drexler: «el mundo está como está por culpa de las certezas.»

Ni un solo tema de la actualidad social y política española, siempre desde la perspectiva de las clases populares, de las que es un gran retratista, es ajeno al «Teatro Precario» de Maxi Rodríguez. La explotación laboral de los jóvenes, la globalización, los abusos de la clase política, la partitocracia, las cesiones de los sindicatos, las deslocalizaciones de empresas, la corrupción y hasta las listas abiertas electorales son los temas que pone encima del escenario con personajes que son empresarios sin escrúpulos, trabajadores explotados, parados, profesionales entregados a las miserias del sistema o políticos poco recomendables.

Fue uno de esos lectores críticos y exigentes de *Atlántica XXII* el que hizo posible que los artículos de Maxi Rodríguez hicieran ese tránsito natural del papel de la revista al teatro, para el que parecían destinados desde la primera entrega.

De Adrián Redondo se puede decir que predica con el ejemplo, lo que no es muy habitual en las organizaciones sociales ni en

la izquierda, porque es crítico, pero también autocrítico. Es el responsable de Juventud de Comisiones Obreras de Asturias y decidió que el sindicato financiara e hiciera posible la escenificación de varios artículos de la serie de Maxi Rodríguez con el grupo «El Perro Flaco» y con la adaptación y dirección de actores a cargo del propio autor. El estreno fue en Llangreu en vísperas de la última huelga general y eso que en una de las historias que conforman la obra («¿Revolución o vodka con limón?») se alude a «los putos sindicatos» y se arremete contra su entreguismo y el de «los trabajadores domesticados y temerosos».

Con su *Teatro Precario*, Maxi demostró que es algo más que un buen observador y sus historias parecían vislumbrar el 15-M, el movimiento social más importante aparecido en la historia reciente de España, que tiene un adelanto teatral en esta obra de Maxi, escrita con anterioridad a aquella bendita explosión social primaveral. «Nos quieren más pobres y con menos derechos», dice un personaje en «¿Qué nos van a contar».

Y en «¿Revolución o vodka con limón?» otro lamenta que «¿no hay una ideología política que cohesione y aglutine el malestar y la disensión». Aunque la muestra más elocuente de que Maxi Rodríguez parece anunciar el 15-M con su *Teatro Precario* está en este diálogo con su padre político de un joven que tiene el perfil de uno de los acampados en las plazas españolas, sacado de «¿Tiramos de la manta?»: «Han sido demasiadas decepciones y la indignación está a flor de piel.»

No son coincidencias, son evidencias. No es casualidad, es causalidad. La última entrega de Maxi Rodríguez en el «Teatro Precario» de *Atlántica XXII* antes del 15-M, a nueve días del estallido de la revuelta, era un homenaje a la respuesta de la ciudadanía de Islandia a esta última crisis del capitalismo, el gran referente de los indignados.

El de Maxi Rodríguez es teatro indignado, como periodismo indignado es el de *Atlántica XXII*, donde el talento del autor asturiano tiene natural acomodo y gran rentabilidad cultural,

porque acaba de estrenarse otra obra teatral basada en la primera entrega del «Teatro Precario», *Low Cost*.

Pero es una indignación, no ya gozosa, pero alegre, porque Maxi Rodríguez no concibe la creación sin el humor, que siempre es un arma eficaz, incluso frente a las injusticias.

Indignarse sin reírse no tiene gracia.

Xuan Cándano

Periodista y director de la revista *Atlántica XXII*

Teatro precario
de Maxi Rodríguez

ESPACIO ESCÉNICO

En el escenario, una mesa de conferenciante con un micrófono, botella de agua y un vaso. Detrás, dos enormes pancartas que rezan: «La solución a la crisis» y «Fundación Democracia y Bienestar».

Teatro precario deberá representarse combinando solamente los objetos escénicos citados. La ciudadanía tomará la escena sin plantar una escenografía adicional.

Tres actores y una actriz (repartidos entre el público) darán vida a lo largo de la obra a los siguientes personajes:

DRAMATIS PERSONAE

HOMBRE 1

HOMBRE 2

HOMBRE 3

MUJER

UNO

DOS

MAMÁ

PAPÁ

NIÑO

A

B

HIJO

PADRE

AMIGO

TIPO

TIEMPO DE LA ACCIÓN

Nuestra contemporaneidad.

ÍNDICE

1. ¿QUÉ NOS VAN A CONTAR?.....	17
2. ¿CUÁNDO ME TOCARÁ A MÍ?.....	32
3. ¿REVOLUCIÓN O VODKA CON LIMÓN?.....	44
4. ¿EN QUÉ TRABAJABA MI PADRE?.....	56
5. ¿PODEMOS SEGUIR SIENDO AMIGOS?.....	65
6. ¿TIRAMOS DE LA MANTA?.....	81
7. ¿PUEDO SALUDAR?.....	93

1. ¿Qué nos van a contar?

Al entrar el público se escucha por megafonía: «Les recordamos que en breves momentos tendrá lugar la conferencia “La solución a la crisis” a cargo del prestigioso analista financiero Don Ennio Toaletta. Vayan ocupando sus asientos, por favor...» La voz en off se repite en un par de ocasiones más, mientras el respetable se ha ido acomodando y empiezan a apagarse las luces de la sala. De pronto, la sintonía escandalosa de un teléfono móvil emerge del patio de butacas.

HOMBRE 1 (*Habla por el móvil en voz alta:*).- Sí, sí, dime, dime.

Ah, no. Es que estoy en el teatro. ¿Eh? No sé. Que no sé.

Una charla, creo. ¿Qué?, ¿tú también? ¿Al paro también?

¡La puta que los...! (*Los otros actores, repartidos entre el público,*

reprueban tímidamente su actitud. Él sigue enfrascado en lo suyo y cada vez más alterado.) Que no sé, joder. Anunciaron una obra de teatro y ahora quieren soltarnos una charla... Te llamo luego. Tú tranquilo, no te vengas abajo, estamos todos igual, en el puto paro y además... *(Arrecian los gestos de silencio.)* ¿Qué chissst ni qué mi madre? ¿Qué nos van a contar, eh? ¿Qué nos van a contar?

MUJER.- Haga el favor, oiga. Y deje que hablen los expertos.

HOMBRE 1.- ¿Expertos? ¡Si no tienen ni puñetera idea! ¿Quién es ese tío? ¿Qué coño nos va a contar?

MUJER.- Dicen que es un economista muy bueno, salió el otro día en Antena 3, ¡lo pone el papel!

HOMBRE 1.- ¿Economistas? ¡Ja! ¡Son todos iguales! Pasan seis meses pronosticando lo que va a pasar y otros seis meses explicando por qué se equivocaron.

MUJER.- La verdad es que tiene usted razón. Y el pato lo pagamos los pobres. ¿No es lo de siempre?

HOMBRE 1.- Sí, lo de siempre: mis hijos sin paga, mi mujer sin gracia, yo... ¡sin sexo!

MUJER.- No somos nada. Y encima, estamos deprimidos.
(*Suspira.*) ¡Ay Dios!

HOMBRE 2.- Bueno, ya vale, por favor. Vengan llorados de casa y dejen de romper las pelotas.

HOMBRE 1.- ¿Qué?

HOMBRE 2.- Dejen ya de llorar, esto de la crisis no es para tanto...

MUJER.- Ah, ¿no?

HOMBRE 2.- No. Se han hecho estudios muy rigurosos y, en

realidad, tal y como va la cosa, a estas alturas del partido y con tantos indicios de recuperación, solamente habrá seis personas que se verán afectadas.

HOMBRE 1 Y MUJER.- ¿¿¿Seis personas???

HOMBRE 2.- (*Ilustra con los dedos de su mano.*) Yo, tú, él, nosotros, vosotros y ellos.

HOMBRE 1.- Meca, ya salió... el típico simpático de los cojo...

HOMBRE 2.- Un poco de humor, ché. Así hay que tomarse las cosas, déjense de boludeces y no generen energía negativa. Positividad, por favor. Las emociones negativas duran 140 minutos mientras que las positivas únicamente 60.

MUJER.- ¡Ay madre! ¿Es usted el que viene a dar la charla?

HOMBRE 2.- No. Pero deprimirse no sirve de nada. Además,

sabemos que habrá una enorme recuperación en el tercer trimestre.

HOMBRE 1.- Sí, ¿pero de qué año?

HOMBRE 2.- ¿Y eso qué importa?

MUJER.- ¡No te importará a ti, se ve que tienes mucha pasta!

HOMBRE 2.- ¡Obvio! Soy tan afortunado que en vez de tener líneas en las palmas de las manos tengo bingos.

HOMBRE 1.- ¡Oiga, menos cachondeo, que esto es una cosa muy seria! Estoy poniéndome de muy mala hostia.

HOMBRE 2.- ¿Y eso para qué?, ¿gana algo con eso? Al contrario. Se le ve sobreexcitado.

MUJER (*Por lo bajini*):- Claro, como no folla...

HOMBRE 2.- Seguro que no duerme usted bien, flaco.

HOMBRE 1.- ¿Yo? ¡Como un bebé!

MUJER.- Ah, ¿sí?

HOMBRE 1.- Sí, duermo igualito que un bebé: cada dos horas, me despierto y ¡lloro!

HOMBRE 2.- Obvio. ¿Lo ve?

MUJER.- ¡Ay pobre... Está deprimido! Igualito que yo.

HOMBRE 2.- ¡Eh, vamos, oiga, córtenla ya!

MUJER.- ¿Cómo dice?

HOMBRE 2.- Que cambien la onda, ¿vale? La depresión abate el estado de ánimo y bloquea las ganas de vivir. No se puede

andar así. (*Golpeando una cacerola*) ¡Positividad! ¡Positividad!
¡Positividad, por favor!

MUJER.- (*Flipando.*) ¡Ay madre! Y esa cacerola, ¿de dónde la ha sacado?

HOMBRE 2.- Siempre llevo una conmigo. (*Pausa.*) Soy argentino.

HOMBRE 1.- Ah. Bueno... Pero aquí estábamos hablando de la crisis y...

HOMBRE 2.- ¡No me vengan con boludeces! ¿A mí me van a hablar de crisis?, ¿a mí, que vengo de donde vengo?

HOMBRE 1.- Pero nosotros estamos aquí y aquí la cosa está muy, pero que muy, jodida.

HOMBRE 2.- Solo hay que saber enfocarlo, ché. Si no, tiene algo de pérdida, loco, de quebranto... Es como... como un tango,

un tanguito...

HOMBRE 1.- Ya tardaba...

HOMBRE 2.- ¿A vos nunca te cagó una mina?

HOMBRE 1 (*Fuera de sí.*)- ¡El tema de la mina no me lo toques, eh! Que la cosa está que arde, del carbón no se te ocurra ni...

HOMBRE 2.- No, boludo, no me entendés... Mirá... (*Gesticula ansioso.*) Es como una ruptura sentimental, como un divorcio...

MUJER.- ¡Peor! Es mucho peor que un divorcio.

HOMBRE 1.- ¿Por...?

MUJER.- Porque yo, mismamente, ya perdí el cincuenta por

ciento de mi patrimonio y, encima, mi marido sigue en casa.

HOMBRE 2.- Miren, si no se gestionan bien las emociones, si no tienen una actitud mental positiva, pueden pasar de la depresión al suicidio incluso...

MUJER.- ¡Como mi marido! ¡Iba a tirarse por la ventana!

HOMBRE 1.- ¿En serio?

MUJER.- Si no es por mí, ¡se tira!

HOMBRE 1.- ¿Lo agarró a tiempo?, ¿qué le dijo? MUJER.- Digo: ¡Para, imbécil!, ¡que te puse los cuernos, no las alas! (*Risas.*)

HOMBRE 2.- Eso, optimismo. Hay que tomarse la vida con alegría y consumir. Este es, sin ninguna duda, el año del consumismo.

MUJER.- (*Perpleja.*) ¿¿¿Consumismo???

HOMBRE 2.- Sí: consu-mismo coche, consu-mismo sueldo, consu-mismo-techo, consu-mismo par de zapatos, consu-mismo trabajo...

HOMBRE 1.- ¡Eso quisiera yo, el mismo trabajo! ¡A la puta calle, por regulación! Y (*Blandiendo su móvil.*) mis amigos igual. Estamos todos quemados, echando humo, pero el Gobierno, en vez de ayudar a los quemados, ¡ayuda al pirómano!

MUJER.- ¿A quién?

HOMBRE 1.- ¡Al banquero, que fue el que la lió!

MUJER.- ¿Qué banquero?

HOMBRE 2.- Bueno, ya vale por favor. Como sigan ustedes así, instalados en el victimismo y generando tantísima

negatividad van a lograr bloquearme y no podré sacar lo que llevo dentro.

HOMBRE 1.- Ah. ¿Y qué lleva usted dentro?

MUJER.- Aparte de cacerolas...

HOMBRE 2.- Miren, yo lo que...

VOZ EN OFF.- Señoras y señores, lamentamos comunicarles que el ilustre analista financiero Don Ennio Toaletta no podrá realizar su charla «La Solución a la crisis» debido a una inoportuna indisposición... *(Se encienden las luces de la sala.)*
«Rogamos acepten nuestras disculpas y vayan abandonando el salón de actos, por favor...»

MUJER.- ¡Ay madre, esto es una tomadura de pelo! ¡Yo alucino!

HOMBRE 1.- ¿Veis? ¡Eso es que no quieren dar la cara!, ¿sabéis

por qué? ¡Porque no tienen nada que decir! ¡Nada!

Los actores se levantan airados de su butaca e interpelan al público mientras caminan hacia el escenario.

HOMBRE 2.- ¡No tienen ni idea de lo que está pasando acá!

HOMBRE 1.- Lo que está pasando lo estamos viendo todos:
ajustes, recortes, paro y más paro.

MUJER.- Sí, señor. Paro y más paro. ¿Y quién paga el pato, eh?,
¿quién coño paga el pato?

HOMBRE 3.- (*Izándose sorpresivamente de una butaca de platea.*)
¡Los pobres, siempre los pobres!

Avanza también hacia el escenario jaleando a sus compañeros. El leve tono de comedia cede paso al cabreo colectivo que los actores irradian sin solución de continuidad.

HOMBRE 1.- Sí, señor. Tiene usted razón ¡Nos quieren más pobres y con menos derechos!

HOMBRE 3.- ¡Que den la cara, coño! ¿Dónde están? (*Mirando a todos lados.*) ¿Dónde coño están?

HOMBRE 1.- ¿Qué nos van a contar?

MUJER.- ¿Qué coño nos van a contar?

El HOMBRE 2 se sube encima de la mesa del conferenciante, y ante el estupor general, comienza a aporrear la cacerola gritando como un poseso.

HOMBRE 2.- ¡La crisis, compadre, la concha de su madre! ¡La crisis, compadre, la concha de su madre!, ¡la crisis, compadre, la concha de su...!

MUJER.- (*Alucinada.*) Oiga, eh. (*Pausa.*) ¿Y la positividad?

HOMBRE 2 (*Colérico*):- ¡La positividad me hincha las pelotas!
¡Ya no aguanto más! Estoy en Argentina y crisis, me vengo
a España y más crisis. ¡La reputamadre que...! Y cuando
alguien tiene la solución ni si quiera da la cara, ¿por qué no
la viene a explicar?

HOMBRE 3.- (*Mirando a todos sitios, incluso detrás de las pancartas.*)
¿Dónde están? ¿Dónde coño están?

MUJER.- ¿Pero qué nos van a contar?

HOMBRE 1.- ¡Qué coño nos van a contar! ¿Van a seguir subiendo
los impuestos?

HOMBRE 3.- ¿Van a seguir recortando los sueldos?

MUJER.- ¿Piensan abaratar más el despido? ¿Qué nos van a
contar?

HOMBRE 2.- ¿Van a engañarnos más?

HOMBRE 1.- ¿Vamos a seguir pringando siempre los mismos?

Los actores deambulan por el escenario mostrando un cabreo creciente, se atropellan al hablar, apartan a manotazos los objetos dispuestos para la conferencia.

HOMBRE 2.- ¡Estamos cansados, ché!

HOMBRE 1, HOMBRE 3 Y MUJER.- ¡Muy cansados, muy cansados!

HOMBRE 1.- ¡Estamos...! *(El arranque de una canción les deja clavados.)* Estamos... Agotados...

«¡Agotados... de esperar el fin!» *Con este atronador estribillo, los actores desmontan las pancartas. Y a partir de ese momento, usarán solamente los soportes de sujeción como elemento escenográfico para crear espacios y marcar ambientes hasta el final de la función.*

2. ¿Cuándo me tocará a mí?

Un despacho. La MUJER entra cabizbaja y se sienta frente al HOMBRE trajeado que juguetea con el bolígrafo detrás de su mesa.

M.- Dígame.

H.- No, dígame usted.

M.- ¿Perdón?

El HOMBRE descorre la cortina. Al otro lado del cristal imaginario los otros 2 actores simulan transitar rutinarios entre máquinas.

H.- ¿Qué coño pasa ahí fuera?

M.- No le entiendo.

H.- Mírelos. *(Pausa.)* Mírese...

M.- ¿Qué?

H.- ¿Le parece una actitud adecuada para sacar adelante la tarea?
Esas caras, esos gestos, esa falta de energía, de intensidad,
de...

M.- ¿Y qué esperaba?

H.- ¿Cómo?

M.- Tenemos la moral por los suelos. *(Pausa.)* Con tantas
reestructuraciones sucesivas...

El HOMBRE se incorpora desafiante.

H.- Cuidado, eh. (*Pausa.*) Mucho cuidado...

M.- ¿Perdón?

H.- Mire usted: Cuando la moral es baja se reduce la productividad.

M.- Ya.

H.- Y se hace necesaria una nueva reestructuración.

M.- (*Cínica.*) Ah.

H.- Y esto puede ocurrir sucesivamente hasta la desaparición de la empresa. (*Pausa.*) ¿Me explico o no me explico?

M.- Nosotros solo queremos saber.

H.- ¿Saber?

M.- Sí. Qué está pasando, por qué y cómo nos va a afectar.

H.- ¿Pasar?, ¿qué coño va a pasar? ¡Que están ustedes en plantilla! ¿Qué necesitan para alegrar esas caras y ponerse con brío a currar? ¿Una caja de cervezas?, ¿hilo musical...?

M.- Información. Solo eso.

H.- (*Sonríe, con un punto de arrogancia.*) Mire, si ustedes mantienen su puesto de trabajo será por algo, ¿no?

M.- ¿Por qué?

H.- Déjese de chorradas... Lo que deben hacer es adaptarse cuanto antes a la nueva situación.

M.- Queremos saber qué motivos llevaron a escoger a aquellos que se han ido. ¿Le parece una chorrada?

H.- ¿Motivos? (*Estalla en una risotada.*) ¿Qué pasa, que ahora se sienten culpables frente a quienes se han ido?

M.- En cierta forma, fíjese.

H.- No me haga usted reír. Pónganse las pilas, ¿vale? No podemos mantener en nuestras filas a gente desmotivada. Además, en ese ambiente de desconfianza, de apatía... Así no se puede trabajar.

M.- Desconfianza, usted lo ha dicho.

El HOMBRE se levanta airado, corre la cortina y clava su mirada en la MUJER.

H.- ¿Pero qué coño les pasa?, ¿desconfían de mí?, ¿de la compañía?

M.- No se trata de eso.

H.- Cuando hay que tomar decisiones drásticas se toman. Y punto. ¿Qué quieren que les diga?

M.- No sé. Supongo que nos gustaría sentir que las decisiones drásticas que se han tomado han sido buenas para todos. Y sobre todo, entender el contexto en que han sido tomadas.

H.- ¿El contexto? Oiga, no me joda. ¿Qué pasa, que ustedes no ven el Telediario?

M.- Claro. Y, si nadie nos da garantías de nada, no dejamos de preguntarnos cuándo llegará la siguiente oleada de despidos, y quién será el próximo.

H.- (*Moviéndose azorado por su despacho.*) ¿Ve aquí alguna bola de cristal?, ¿quién coño sabe qué puede pasar?

M.- Vale. ¿Entonces por qué le extraña que muchos compañeros que están como yo, sin asegurar, vivan atenazados por la

incertidumbre, la angustia de...?

H.- No dramatice, haga el favor. Eso es lo que no soporto.

M.- ¿Qué?

H.- Que vayan ustedes de víctimas, coño. Esta es una empresa pequeña. Usted viene aquí y habla conmigo, yo salgo ahí afuera y les conozco a todos... (*Saca una cajetilla de su bolsillo y se la ofrece con un guiño.*) ¿Un cigarrillo?

M.- ¿Qué pasa que aquí sí se puede fumar?

Pausa. Se aguantan un instante la mirada. El HOMBRE cuenta hasta diez, enciende parsimonioso un cigarrillo y esboza una tímida sonrisa.

H.- ¿Sabía usted que crisis en chino significa oportunidad?

La MUJER no puede remediar un furibundo ataque de risa que contagia incluso a los dos actores (currantes) del otro lado. El HOMBRE la mira muy contrariado.

M.- Perdón, perdón. Es que... ¿Sabía usted que la gente del taller llevamos años sospechando que aquí dentro se habla en chino?

El HOMBRE, impaciente, revuelve entre sus papeles. Trata de contener su indignación.

H.- En serio, es un buen momento para identificar nuevas capacidades o formación adicional. Usted tiene mucho talento, queremos que se involucre más en la gestión.

M.- ¿A qué se refiere?

H.- Esto le puede hacer más vendible dentro de la organización. El proyecto de la empresa es siempre lo más motivador.

Hágame caso, usted está llamada a grandes metas.

M.- Ya me gustaría.

H.- ¿Perdón?

M.- Hacerle caso. Me encantaría, de verdad. Pero... Es cuestión de credibilidad, ¿sabe?

H.- ¿Qué intenta decir?

M.- No han sido claros. Viven aquí, encerrados, mirándonos detrás de la cortina...

H.- Oiga, vale ya. Es increíble... ¡Le encanta dramatizar!

M.- Mire, después de un ERE tan injusto, tan indiscriminado...

H.- Y dale...

M.- ¿Acaso no es verdad?

H.- Por supuesto que no. Los que se han ido están arreglados ya.

M.- Perder empleo significa mucho más que dejar de percibir un salario...

H (*Sardónico*):- ¡Oh Dios, qué dramón!

M.- ¿Cómo quiere que le crea si nadie ha sido capaz de asegurarnos la viabilidad futura de la empresa?

El HOMBRE, airado, trata de zanjar la conversación.

H.- Hasta aquí hemos llegado, ¿vale? Y para que vea que no hablo en chino, le voy a tutear. (*Cambia de registro, informal*):- Sabemos que quieres volar. La competencia, fíjate lo que son las cosas, nos ha contado que ya tiene tu currículum actualizado.

M.- Pero...

H.- No pasa nada. Aquí nadie es imprescindible. Eres necesaria, si eres rentable. Y tú, y unos cuantos, deberíais cambiar vuestra actitud...

M.- ¿Estamos trabajando mal?

H.- Digamos que... Vuestra actividad es mejorable.

M.- Bueno...

H.- Sal ahí afuera y diles a tus amigos que sí, que tienen razones para preocuparse, pero una cosa más: o le echan huevos, o la cosa se pondrá jodida. Pero jodida de verdad. (*Invitándola a salir con un gesto frío.*) ¿Está claro?

La MUJER abre la puerta pensativa. El HOMBRE carraspea estruendosamente.

M.- ¿Algo más?

H.- Sí. (*Pausa.*) Y procura sonreír.

3. ¿Revolución o Vodka con limón?

Tres de la madrugada. Dos tipos gesticulan con vehemencia apoyados en la barra de un bar.

UNO.- La caída del telón de acero. Desengáñate.

DOS.- ¿Pero qué dices, hombre?

UNO.- Que a partir de ahí empezaron a esfumarse las conquistas sociales y laborales que costaron siglos.

DOS.- ¿Ya estás otra vez con eso?

UNO.- El capitalismo se encontró de repente sin enemigo y...

DOS.- ¿Pero vas a decirme que vivimos mal?, ¿vas tú a negar el Estado de bienestar?

UNO.- ¿Y la desigualdad?, ¿y la pobreza? *(Pausa.)* ¿Sabes que el número de familias que tiene a todos sus miembros en paro ya ha sobrepasado el millón?

DOS.- Bueno, ahora la cosa está muy jodida, sí, ¿pero qué se va a hacer?

UNO.- *(Ebrío.)* La revolución, cojones, ¡la revolución!

DOS mira a UNO con cierta conmisericación, hace un gesto al camarero. Este le alarg a dos vasos de tubo con mucho hielo.

DOS.-Vodka con limón.

UNO.- (*Trago largo.*) Nos vamos a pique y ni dios hace nada. La masa del siglo XXI es absolutamente borreguil.

DOS (*Burlón:*).- ¿La masa?

UNO.- Ya no salimos a la calle, compañero, salimos a Google. Lo miramos todo por encima, hablamos de oídas y solo aspiramos a tener el último electrodoméstico para...

DOS.- A la calle no saldrás tú, perdona. Yo estoy todo el día en ella.

UNO.- Hablo de movilizarnos, joder. 4 millones de parados son hoy menos peligrosos de lo que lo eran, por ejemplo, en 1929...

DOS.- ¿Por qué?

UNO.- Porque no hay una ideología política que cohesione y

aglutine el malestar y la disensión. Y mucha culpa es de...

DOS.- ¡Para, para, que te veo venir! Tres copas y te lanzas al cuello.

UNO.- Sí. No sé cómo sigues defendiendo a los putos sindicatos.

DOS (*Airado*).- ¿Quién vela por la clase trabajadora?

UNO.- Nadie, porque no existe.

DOS.- ¿Ah no?

UNO.- Todos somos clase media y bien que nos lo creemos.
Encantados estamos aceptando el mensaje liberal...

DOS.- Ya, ya. ¿Y qué más?

UNO.- Y el miedo, compañero.

Dos.- ¿Miedo? ¿A qué?

UNO.- A perder lo poquito que nos han dejado tener.

DOS resopla inquieto, juguetea con el palillero. UNO le mira desafiante.

Dos.- No sé ni cómo te aguanto.

UNO.- Tengo razón y lo sabes.

Dos.- Demagogia pura.

UNO.- ¿Hasta cuándo vamos a tragar? Mayor explotación por menor salario. Sin reclamar regulación, proteccionismo, ni... Y venga a darnos de hostias entre nosotros, ¡a pisarnos, a competir!

Dos.- Y dale.

UNO.- Dóciles, compañero. Mansitos del todo. Hemos interiorizado el discurso del poder y, hala, a hacer el papelón de protestar un poquito de vez en cuando. Protestar sí, pero romper cosas no. Romper está muy feo, no te vayan a aplicar la ley antiterrorista y luego...

DOS se despega de la barra en un arranque de ira. UNO se calla y mira al suelo.

DOS.- ¡Hasta los güevos, compañero! Vas de puro por la vida, pagas tu cuota mensual y ¿dónde haces tú la revolución? ¡Aquí, en el bar!

UNO.- (*Enfrentándose.*) Lo que te jode es que te diga las cosas como son. (*Larga pausa.*) Ya nadie cree en los sindicatos.

DOS.- No jodas...

UNO.- Tenemos una tasa de afiliación de las más bajas de Europa.

Dos.- ¿No compartes nuestras reivindicaciones?

Uno.- A mí vosotros no me defendéis.

Dos.- ¿Cómo que no?

Uno.- Defendéis los intereses de trabajadores indefinidos con costes de despido elevados.

Dos.- ¡Ah! ¿Y a los demás...?

Uno.- Yo ando con contratos temporales y me tenéis muy quemado.

Dos.- ¿Cómo crees que estamos los demás?

Uno.- Relajaditos os veo. Y el presidente, con vosotros, encantado.

DOS.- Ya, que te crees tú eso.

UNO.- No hay más que oírlo, colgándose la medalla de la paz social, agradeciendo a los sindicatos su responsabilidad...

DOS.- Por algo será.

UNO.- Cálculo político. No hay más.

DOS.- Qué fácil lo ves todo. ¿Y la huelga general?

UNO.- Bah. Tarde, mal y...

DOS (*Estallando*):- ¡¿Pero qué cojones quieres hacer?!

UNO.- ¡Una revolución!, eso es lo que hace falta. (*Alza el brazo enérgico*.) Una o... ¡Dos! (*Marcando con los dedos la uve de victoria*.) ¡Dos, dos! (*Insistente, al camarero*:) ¡Dos vodkas con limón!

DOS saca un cigarrillo y ofrece otro a UNO. A la luz de sus mecheros, UNO tararea, con evidentes síntomas de embriaguez, «La Internacional». DOS le mira con perplejidad.

Dos.- ¿Qué haces?

UNO.- Cagonlaputa, Avelino, *(Pasándole el brazo por el hombro.)*
nosotros que fuimos artífices de la resistencia antifranquista...

Dos.- Sí, señor. Y a mucha honra.

UNO.- Y lo que no logró aquel se ha conseguido en democracia.

Dos.- ¿El qué?

UNO.- Tener a unos trabajadores domesticados y temerosos.

DOS rompe el abrazo saltando como un resorte. UNO se acaba su copa en dos tragos.

DOS.- Mira, Jose, no bebas más, porque vamos a acabar mal.

UNO.- Que no, coño. (*En plena exaltación de la amistad.*) Pero hazme caso: vivir de la subvención siempre es chungo.

DOS.- ¿Qué dices, hombre?

UNO.- ¡Limita la acción!

DOS.- Anda, no bebas más.

UNO.- No, oye, perdona... Perdona si te he faltado en algo, eh...

DOS.- (*Zafándose de los abrazos compulsivos.*) Que no, hala, hala.

UNO.- Que yo en contra tuya no tengo nada, Avelino, que tú eres de puta madre; que yo te veo moverte por las fábricas, repartir bolígrafos y estar ahí cuando se firma el ERE y oye, tú... tú...

DOS.- Si no fuera por nosotros, ni siquiera se cumplirían las normas laborales.

UNO.- (*Zarandeándose.*) ¡Olé, di que sí!

DOS.- Lo que pasa es que la ley es muy amplia, y tendríamos que estar todos mucho más unidos. ¡Mucho más!

UNO.- (*Achuchándole teatralmente.*) ¡Eso, eso, unidad de acción! ¡Todos a una, a luchar por nuestros legítimos derechos, que vean que los trabajadores somos los pilares de esta sociedad que nos toca vivir, que...! (*DOS se separa profundamente mosqueado.*) ¿Qué te pasa?

DOS.- ¡Que tienes razón, joder, que tienes toda la puta razón!

Pausa. UNO le mira boquiabierto con el rostro iluminado.

UNO.- Entonces... ¿Hacemos la revolución?

Dos.- Claro. (*Alza el brazo energético.*) Una o... ¡Dos! (*Marcando con los dedos la uve de victoria.*) ¡Vodka con limón!

4. ¿En qué trabajaba mi padre?

Habitación en penumbra. Reclinado sobre la cama de un niño que dormita, aguarda el padre, hojeando un cuento infantil con el rostro desencajado.

MAMÁ.- *(Se asoma sigilosa.)* ¿Ya?

PAPÁ.- Sí, creo... Parece que se ha quedado.

MAMÁ.- Pues venga. Vamos.

PAPÁ.- Espera.

El NIÑO se agita entre las sábanas. De pronto, abre los ojos como platos.

NIÑO.- El cuento, papi...

Los padres se miran contrariados. PAPÁ hunde la cabeza entre sus manos. MAMÁ sale rezongando.

MAMÁ.- Venga, anda. Te espero en la cama.

PAPÁ pasa hojas aturdido y masculla mirando al techo.

PAPÁ.- Un día... en un país lejano... Había una vez...

NIÑO.- ¿Qué?

PAPÁ deja que el cuento resbale entre sus manos. Coge aire y con voz trémula se lanza a relatar.

PAPÁ.- Un día... un hombre normal y corriente se despertó sin empleo ni sueldo...

Pausa. El NIÑO mira a su padre con la carita arrugada.

NIÑO.- ¿Por qué?

PAPÁ.- Porque su fábrica, la empresa en la que trabajaba, ya no estaba.

NIÑO.- ¿Por qué?

PAPÁ.- Se había ido a otro sitio, a otro país...

NIÑO.- ¿Cómo? ¿Volando? (*Pausa.*) ¿Es cosa de brujas?

PAPÁ sonríe con dificultad.

PAPÁ.- Sí, eso es. El hombre normal y corriente sabía que

era cosa de brujas. Una bruja grande y siniestra llamada globalización económica...

NIÑO.- ¿Cómo?

PAPÁ.- Que, además, tiene una hija menor llamada deslocalización.

NIÑO.- Vaya birria de nombres. ¿Y tienen poderes?

PAPÁ.- Claro. Son capaces de llevarse el pan y el trabajo de la gente de un país a otro, de un continente a otro...

NIÑO.- ¿Para qué?

PAPÁ.- Bueno, para que los poderosos sean más poderosos y ganen siempre más.

NIÑO.- Ah. (*Pausa.*) ¿Y qué pasó?

PAPÁ.- Nada. El hombre normal y corriente sabía que, como siempre, no iba a pasar nada. Tan solo que en el país donde la empresa estaba antes crecería el desempleo, mucha gente se quedaría, como él, sin poder trabajar...

NIÑO.- ¿Y en el otro país?

PAPÁ.- En el otro país se crearía empleo, sí, pero de muy baja calidad. Mano de obra muy barata, mayor jornada laboral, menos seguridad, gente explotada sin protección sindical...

NIÑO.- No te entiendo, papá.

El padre se ensimisma, ya no escucha al niño.

PAPÁ.- Y seguramente aumentaría la contaminación y la destrucción del medio ambiente porque allí apenas habría controles, y podría causar sequías, desertificación...

NIÑO.- No te entiendo, papi, me aburro.

PAPÁ.- Y para poder rivalizar con la empresa deslocalizada, su competencia imitaría sus métodos. Y nada, la pobre gente seguiría cada vez más explotada, y los más poderosos, los amos del mundo... *(Larga pausa. El padre advierte que con su perorata el hijo se ha quedado dormido. Se toma un leve respiro. Ahora su voz es casi un murmullo.)* El hombre normal y corriente no podía evitar sentirse una basura, un tipo monotemático que aburre hasta las piedras. Por eso, llevaba todo el día con el corazón en la boca, tragándose su secreto y discutiendo con la gente que más quería. Había reñido con su mujer cuando ella llamó al 1004 y le respondieron desde Sudamérica. Frente a los 800 euros al mes que gana, según convenio, un teleoperador español, los trabajadores de plataformas extranjeras están ganando 250 o 300 euros, ¿te das cuenta? En Uruguay es un sueldazo, pero aquí no podemos competir con eso. ¿Y qué le vamos a hacer?, le había respondido ella, centrada en su lista de compras y

harta ya de que un tipo con la cara muy larga le hablara todo el rato de aquella bruja menor: la puñetera deslocalización.

El NIÑO se remueve entre las sábanas y emite leves balbuceos. El padre acerca la oreja y parece convencido de que, definitivamente, su hijo se ha dormido. Apaga la luz con suma cautela. Arrodillado frente al catre continúa murmurando en la ardiente oscuridad.

PAPÁ.- El hombre normal y corriente no había tenido el valor de decirle a su mujer que las compras ya no se podrían hacer. En realidad, el hombre normal y corriente sentía que ya no tenía valor para nada. Por eso, se había arrastrado tragando sapos y culebras hasta la cama de su hijo para arrullarle con un cuento como hacía otras noches. Pero ese día, el hombre normal y corriente, se empeñó en hacerle dormir hablándole de los amos del mundo. Y, aunque el niño esté dormido ya, no quiere dejar de decirle que él se ha quedado sin fuerzas, que siente que todo es una mierda, que los ínfimos currantes no servimos para nada, que la

única misión de las multinaciones, que son quienes nos gobiernan, es generar dinero y crecer, que han convertido la democracia en un paripé. Sí, un burdo paripé, porque sus consejos de administración nunca son elegidos por sufragio universal...

Un susurro se cuela desde la habitación del fondo.

MAMÁ (*Off:*).- ¿Pero qué haces ahí? ¿Vas a venir ya?

El padre permanece inmóvil durante unos instantes. Lentamente, saca de su bolsillo la carta de despido y la deposita sigilosamente sobre la cama del niño.

PAPÁ.- Dale esto a mamá.

MAMÁ (*Off:*).- ¿Vas a venir ya?

El padre se incorpora con parsimonia, besa a su hijo en la mejilla y le

susurra al oído.

PAPÁ.- Y le dices que hay cuentos que acaban mal, que papá se quedó sin fuerzas, que se lo llevaron las brujas, que estaba tan despistado, tan hundido... que en vez de salir por la puerta... se fue por la ventana.

Unos pasos se encaminan hacia el balcón. Desde la cama, un tenue bisbiseo.

NIÑO.- Papá...

5. ¿Podemos seguir siendo amigos?

Dos tipos, dos whiskys, un sofá.

A.- ¿Pero por qué te pones así?

B.- Es que parece mentira, joder...

A.- ¿Qué pasa?

B.- ¿A qué coño ha venido eso?

A.- Es solo una pregunta...

B se levanta airado, apura un trago y hace ademán de irse.

B.- Es tarde.

A.- Toma otra copa, hombre. Relájate. Tantos años sin vernos...

B.- Sí, muchos. (*Ensimismado.*) Muchos años...

A rellena los vasos y empuja afectuosamente a B que, a regañadientes, vuelve a caer rendido en el sofá.

A.- Casi treinta, ¿no? Treinta años de amistad y lo menos... quince sin hablar, ¿no? Qué vueltas da la vida, ¿verdad?

B (*Ácido:*).- Ya lo veo. (*Con un punto de furia.*) Es increíble...

A.- ¿El qué? ¿Pero por qué no te relajas de una vez?

B.- Tú que defendías la dictadura del proletariado, el marxismo

más estricto, el derecho a la autodeterminación de los pueblos...

A (*Con sorna:*).- Ya te digo...

B.- Y ahora lo único que te obsesiona es la unidad de España y la guerra a los nacionalismos periféricos...

A.- Hombre, lo único no. Pero, en fin, cuando se ven las cosas con realismo y madurez se...

B.- Se llega a defender, por ejemplo, cuantas intervenciones armadas tengan a bien emprender Estados Unidos e Israel...
¿no?

A.- ¿Ya estás otra vez?

B.- Y encima, vas y me preguntas...

A.- Ah, por cierto, no me has respondido.

B.- ¿Qué?

A.- Que, aparte de manipular lo que digo y mezclar churras con merinas, has sido incapaz de responder.

B se incorpora de nuevo con furia contenida, bebe enérgicamente y mira la puerta de salida.

B.- Es increíble.

A.- *(Tratando de serenar.)* Eso digo yo. Siéntate. *(Pausa.)* ¿Ya no podemos ser amigos? *(Pausa.)* Fuimos uña y carne, joder. *(Silencio.)*

B se sienta con desgana agarrado al vaso de whisky y habla mirando al techo con un punto de ebriedad.

B.- Lo más alucinante es que quienes abandonasteis los principios del progresismo nos exigís a los demás que recorramos el mismo trayecto.

A.- ¿Exigir? ¿Yo?

B.- Sí. Ese ha sido tu tono desde que me he sentado aquí.

A.- ¿Qué dices?, pero si ni siquiera quería hablar de política. Si tú no hubieras sacado aquellos pecaditos de juventud...

B.- Y si alguien se resiste lo tacháis de sectario, dogmático o... ¿cómo has dicho? ¿Entorno de ETA...?

A.- Pero yo me refería a...

B.- Y luego, la preguntita de marras.

A.- Que, por cierto, sigues sin responder.

B (*Estallando:*).- ¡Pues claro que condeno la violencia! Por favor...

A.- Ah. (*Fingiendo un resoplido.*) Menos mal.

B.- Pero toda, eh. Toda la violencia. ¡Toda!

A.- Ya. (*Poniéndose una piedrita de hielo.*) ¿Ahora es cuando vuelves otra vez con lo de la guerra de Irak, los desmanes del sionismo y tal?

B.- No. Ahora es cuando te digo que no solo condeno el terrorismo, también condeno las detenciones arbitrarias y los abusos de poder y...

A.- Despacio. (*Vuelve a llenar los vasos.*) Que te vas a atragantar.

B.- No me echés más.

A.- Otro traguito, hombre. (*Irónico:*) A ver si me das la solución.

B.- La solución no está en el inmovilismo, ni en la represión.
¿No crees?

A.- Si tú lo dices...

B.- ¿Aporta soluciones la criminalización? *(Pausa.)* ¿Eh?

A se levanta parsimoniosamente y vuelve con una cajita, la abre y saca una china de hachís y un mechero.

A.- ¿Te apetece? Como en los viejos tiempos...

B.- *(Deniega con un gesto.)* Vaya, ¿ahora eres tú quien no responde?

A.- *(Preparado para liar.)* Mira, Miguel, no te acabo de entender. Te encuentro esta noche después de mil años, te invito a tomar la última en mi casa y llegas aquí cabreado con el mundo y poniéndome a caldo.

B.- Hablo, Javier. Solo hablo. ¿Ya no podemos hablar, joder?

A.- Por supuesto que sí.

B.- ¿Entonces por qué no dejas de mirarme como a un puto chiflado cuando te menciono la barbarie del capitalismo, la absurda Ley de Partidos, el Sistema injusto, inhumano...?

A.- (*Conteniendo la risa.*) Ah, sí, el Sistema, claro, claro...

B.- (*Visiblemente molesto.*) Ríete, ríete. ¡El espíritu de los tiempos!

A.- ¿Qué?

B.- Que no te cortes, coño, que te rías a gusto de tu viejo amigo, el perturbado.

A.- Venga, hombre...

B.- Ríete, mira, jajaja, ¿ves?, he perdido el norte (*Se arrodilla teatralmente.*) Me acuso de ir contra el neoliberalismo, de luchar por el respeto y la autodeterminación de todos los pueblos de... (*Sotto voce, burlón:*) Chisst, me acuso de hojear el«Gara»...

A.- Levántate, joder. (*Pausa.*) ¿Quieres ir al baño?

B.- ¿Al baño?

A.- Estás pedo. ¿Ya cumpliste los sesenta? Deberías cuidarte más.

B.- (*Mirando juguetón al suelo.*) ¿Te preocupas por mí o por tu alfombra?

A.- Joder, Miguel...

B.-Me atiborras a whiskys, me invitas a fumar porros y luego

me pides que... Tranqui, no pienso vomitar.

A.-Venga, anda, el penúltimo brindis.

B.- ¿Penúltimo?

A.- Me tendré que acostar...

B.- Vale. (*Alza el vaso para brindar.*) Venga. ¡Por todos los marxistas-leninistas que ahora sois conservadores y derechistas!

A.- (*Con media sonrisa.*) Qué hijo de puta. (*Emulándole.*) ¡Y por los progres extremistas y vuestra empanada mental! ¡Viva Fidel Castro, jajaja!

A y B beben con ardor. Larga pausa.

B.- Bueno, ahora sí que me voy.

A.- Espera. (*Pausa.*) ¿Por qué?

B.- ¿Por qué que?

A.- ¿Por qué hemos tenido que enredarnos hablando de política?

B.-Normal.

A.- ¿Después de tantísimo tiempo sin vernos?

B.- Nos conocimos por eso, Javier. Estábamos en la misma trinchera.

A.- Joder, pero hace tantos años...

B.- Ya ves. (*Pausa.*) Yo sigo siendo un pardillo disidente pero tú... Has triunfado, profesor.

A.- ¿Yo?

B.- Tus ideas.

A.- ¿Eh?

B.- Sí, eso que ahora defiendes con tanto ardor. Las ideas liberal-conservadoras son hoy hegemónicas en la esfera pública en nuestro país.

A.- Venga, Miguel...

B.- Son las ideas dominantes en periódicos, revistas de debate, televisiones... Los demás lo tenemos jodido. Muy jodido.

A (*Con desdén*).- Vale, vale.

B.- ¿Es verdad o no?

A.- ¿No estás muy mayor para ir de maldito por la vida?

B.- (*Aguantándole la mirada.*) Estoy muy mayor para que alguien me pregunte si condeno la violencia.

Silencio. Fuman. Ya no se miran.

A.- Joder, Miguel, yo solo te dije que tal y como ibas razonando...

B.- Me iba poniendo bajo sospecha, ¿verdad?

A.- A ver. Tú sabrás con qué compañeros de viaje...

B.- ¿A estas alturas?, ¿a estas alturas de mi vida vienes a hablarme de compañeros de...?

A.- Vale, mira, vamos a dejarlo. De verdad que me ha encantado volver a verte. Dale muchos recuerdos a tu mujer. Seguro que...

B.- Estoy separado.

A.- Ah. Joder, no sabía nada. Bueno, hace tanto tiempo que...
Las cosas...

B.- Cambian, sí. (*Pausa.*) Todo cambia, ¿verdad? Hasta tu biblioteca.

A.- ¿Eh?

B curioseosa la estantería plagada de libros, A no puede remediar cierta incomodidad.

B.- Veo que la has renovado a fondo. (*Fingiendo entusiasmo.*)
Oye, todavía tengo aquel librito tuyo, ¿sabes?

A.- ¿Ah sí?

B.- Escribías desde una posición tan furiosamente radical, tan revolucionaria...

A (*Encajando con ironía:*).- La inconsciencia es lo que tiene...

B.- Ya. Ideales de juventud... (*Se levanta, agarra su chaqueta y camina hacia la puerta.*) Fíjate, yo aún sigo siendo sospechoso y eso que ya tengo una edad provectora...

A.- Miguel... (*Le acompaña.*) Oye que... No sé, ahora que sabes donde vivo...

B.- No te preocupes. (*En un guiño perverso.*) No lo sabrá nadie, ni siquiera Alfonso Sastre...

A.- Joder, Miguel, eres imposible...

B.- Gracias por el güisqui y... Tienes una casa muy chula.

A.- Me alegro de volver a verte. De verdad.

B.- Ya.

Se estrechan la mano con cierta frialdad. B abre la puerta y sale un pelín trastabillado.

6. ¿Tiramos de la manta?

En el salón de una lujosa casa familiar, el HIJO mira al PADRE sujetando con ímpetu varias carpetas entre sus manos.

PADRE.- No puedo.

HIJO.- ¿No puedes?

PADRE.- No tiene sentido. Saldremos todos perdiendo.

HIJO.- ¿Todos? ¿Quiénes son todos?

PADRE.- Escucha, hijo, yo...

HIJO.- ¿No crees que ha llegado el momento de ir aclarando las cosas, de ponerlas en su lugar?

PADRE.- Qué fácil es decirlo.

El HIJO recoloca febrilmente un puñado de hojas dentro de las carpetas y se dirige hacia la puerta rezongando.

HIJO.- Luego os sorprende que la gente se vuelva descreída.

PADRE.- ¿Dónde vas?

HIJO.- Han sido demasiadas decepciones y la indignación está a flor de piel.

PADRE.- ¡Espera!

HIJO.- La gente no es imbécil, papá. Sabe que el enemigo está dentro y que las siglas, los himnos y las banderas ya no

pueden tapar las vergüenzas.

El PADRE se abalanza sobre el HIJO.

PADRE.- ¿A qué ha venido eso?

HIJO.- Déjame.

PADRE.- ¿Te avergüenzas de mí? (*Pausa.*) Di, ¿te avergüenzas de mí?

HIJO.- No. (*Pausa.*) Por supuesto que no.

El PADRE, más sosegado, impele al HIJO hasta el sofá.

PADRE.- ¿Crees que no soy un buen político, un hombre honesto?

HIJO.- Al contrario.

PADRE.- ¿Entonces?

HIJO.- O has sido un estúpido por no detectarlo...

PADRE.- No es tan fácil, ¿sabes?

HIJO.- ...O un cómplice.

PADRE.- ¿Yo?

HIJO.- Sí, por mirar a otro lado.

PADRE.- ¿Pero qué querías que hiciera?

El HIJO menea ostensiblemente las carpetas.

HIJO.- Estás a tiempo.

PADRE.- ¿Qué quieres que haga?

HIJO.- ¡Tira de la manta, papá! ¡Tira de la manta!

PADRE.- No entiendes nada.

HIJO.- ¿Qué hay que entender? (*Pausa.*) Eres uno de los máximos dirigentes.

PADRE.- ¿Y qué?

HIJO.- ¿Cómo que y qué?

PADRE.- Yo no mando nada.

HIJO.- No debes consentir que alguien que está ahí, a tu lado, utilice de esa manera tan burda su cargo público para beneficio personal.

El PADRE enciende un cigarrillo.

PADRE.- Eres tan ingenuo, tan crío...

HIJO.- No empieces ya.

PADRE.-Es casi una regla, lo hace todo dios.

Pausa.

HIJO.- ¿Te has oído, papá? ¿Has oído lo que has dicho?

PADRE.- Pues claro. A ti te lo puedo decir. Sí, se ha convertido más en regla que en excepción.

El HIJO se remueve contrariado en el sofá.

HIJO.- Así nos va. ¡Por la puta partitocracia!

PADRE.- No digas chorradas.

HIJO.- El monopolio de los poderes públicos por partidos políticos cerrados y jerarquizados que...

PADRE.- (*Cortante.*) Oye, que también estás afiliado, te recuerdo.

HIJO.- Sí. Y cada día me avergüenzo más.

PADRE.- ¿De qué?

HIJO.- De pertenecer a una de esas redes organizadas tan extendidas, con tanto poder, que tienden a asegurar la impunidad. Por eso estás tú así.

PADRE.- ¿Cómo?

HIJO.- Tan tranquilo. Porque sabes que, al final, no pasará nada.

PADRE.- (*Agarrándole por el mentón.*) Mírame a los ojos. ¿Crees que he trincado algo?

HIJO.- Yo no he dicho eso.

PADRE.- ¿Entonces?

HIJO.- Pero los que están a tu lado sí, joder. ¿O es que no lo ves?

PADRE (*De nuevo, paternal:*).- Es demasiado complejo, hijo.

HIJO.- ¿Ah sí? (*Cruzándose de brazos, desafiante.*) Pues explícamelo.

PADRE.- En realidad, no hay mucho que...

HIJO.- (*Blandiendo airado sus carpetas.*) ¿Vas a decirme que esto, lo que te rodea, lo que tocas con tus manos, no es corrupción? Venga, explícamelo.

Pausa. El PADRE gana tiempo entre volutas de humo.

PADRE.- No hay corrupción política sin corrupción social previa, ¿sabes?

HIJO.- Ah. (*Burlón:*) Ahora resulta que la sociedad te ha corrompido a ti.

PADRE.- Bueno, en cierta forma...

HIJO.- No me hagas reír.

PADRE.- Mira, los casos de corrupción política son éticamente inaceptables, de acuerdo, pero son... inevitables.

HIJO.- ¿Qué coño estás diciendo?

PADRE.- Tampoco hay que rasgarse las vestiduras.

El HIJO, desencajado, se aferra a un cigarrillo que enciende con dificultad.

HIJO.- No te reconozco.

PADRE.- Ni yo a ti. Eres uno de los nuestros, ¿no? ¡Un incondicional!

HIJO.- Te equivocas papá. No soy incondicional de nada. Y hasta a mi padre le pongo condiciones.

PADRE.- ¿Alguna vez te he fallado?

HIJO.- Te has acostumbrado tanto a mangonear que ya no puedes volver atrás.

PADRE.- ¿Qué dices, hijo?

HIJO.- Mangoneo remunerado, qué mierda.

PADRE.- Ah. ¿Así defines lo que ha costado tu carrera y la de tus hermanos?

HIJO.- Mira en qué te has convertido, ¡en esclavo de tu partido!

PADRE (*Tratando de ser irónico*).- Es una forma de verlo.

HIJO.- La verdad, papá. Es la puta verdad. Cuando una de estas carpetas salga a la luz, te obligarán a dar la cara y juntitos, de la mano, largaréis lo de siempre: promesas de regeneración y golpes en el pecho.

El PADRE se incorpora con el gesto muy serio.

PADRE.- Tu padre no es un corrupto, no se te olvide.

HIJO.- (*Ensimismado.*) El ciudadano se está cansando, dejará de confiar en el sistema político, en esta democracia de mentira con listas electorales cerradas y...

PADRE.- Tu padre no es un corrupto.

HIJO.- ...Se abstendrá de votar, despreciará a la ley, igual que lo hacéis vosotros y...

PADRE.- ¡Ya basta, joder! (*Le arrebatata las carpetas.*) ¡No tengo

por qué escuchar más!

HIJO.- Papá. (*Mirándole fijamente.*) ¿Tiramos de la manta?

El PADRE le regala un guiño al HIJO, se gira complaciente y lanza con destreza las carpetas a la chimenea. Crepitar de pliegos.

7. Puedo saludar

El TIPO permanece clavado mirando al cielo. Su AMIGO se acerca intrigado.

Amigo.- ¿Vamos?

TIPO.- ¿Quién vigila al vigilante?

AMIGO.- ¿Eh?

TIPO.- Nos miran. Quieto.

AMIGO.- ¿Ya empezamos, tío?

TIPO.- Me jode. No sabes cómo me jode: ojos impares encaramados en las fachadas, apostados en las esquinas, aupados en las cornisas...

AMIGO.- Anda, vamos. (*El TIPO saca su teléfono móvil y fotografía con descaro una cámara de vigilancia callejera.*) ¿Qué cojones haces?

TIPO.- Vigilancia inversa.

AMIGO.- ¿Qué?

TIPO.- ¿Tienes idea de cuántos centenares de veces durante este puto paseo tu imagen ha sido capturada, procesada y analizada?

AMIGO.- Normal. Vivimos en una gran ciudad. Esto es Occidente, chaval.

TIPO.- ¿Por eso estás tan sonriente, por si sale el pajarito?

AMIGO.- ¿Pero qué gilipolleces dices? ¡Anda, vamos!

TIPO.- Espera. ¿Puedo saludar?

El TIPO agita una mano paródicamente. Su amigo le observa con gesto serio.

AMIGO.- Si no tienes nada que esconder...

TIPO.- Genial.

AMIGO.- ¿Qué?

TIPO.- En eso se basan las políticas de mano dura y control social.

AMIGO (*Desafiante:*).- ¿Tienes algo que esconder?

TIPO (*Ídem:*).- ¿Y los bomberos del Carrefour?

AMIGO.- ¿Quién?

TIPO.- ¿Tenían algo que esconder esos tipos que detuvieron en Francia? ¿Y Joseba Fernández, identificado hace unas semanas por la agencia EFE también como terrorista? ¿Y todas las personas que, por error, han sido víctimas de estas políticas de escaparate en un contexto de endurecimiento del código penal y de...?

AMIGO.- Ya te vale, tío. (*Tajante:*) La lucha contra el terrorismo es algo muy serio.

TIPO.- Ya. ¿Y?

AMIGO.- Que puede haber errores, coño, es normal.

TIPO.- ¿Normal?

AMIGO.- Quiero decir... Lo que prima es la eficacia, en general.

TIPO.- Sí. Es lo que quieren transmitir. Pero ya ves lo que pasa en toda Europa.

AMIGO.- ¿El qué?

TIPO.- Políticas de seguridad que disparan primero y preguntan después.

AMIGO.- Aunque lo digas metafóricamente, eso es demasiado fuerte, tío.

TIPO.- Hablo en sentido literal. (*Pausa.*) ¿O acaso no es verdad?

El AMIGO le mira con un punto de tensión.

AMIGO.- ¿Vienes o qué?

TIPO.- Alguien tendría que contarnos cuántas veces ya la creencia de que una imagen vale más que mil palabras nos

ha hecho pisotear los derechos de personas inocentes.

El AMIGO se separa y empieza a caminar lentamente.

AMIGO.- Vale. Sigue ahí con tu neura. No sé qué coño pretendes.

TIPO.- (*Volviéndose airado.*) Que la gente despierte y se replantee ciertas cosas.

AMIGO.- (*Ídem.*) ¿Por qué coño te niegas a ver la realidad?

TIPO.- ¿Será que no me trago la propaganda masiva goebbeliana del sistema?

AMIGO.- (*Aplaude sarcástico.*) Qué grande, chaval. (*Ríe*)

TIPO.- ¿Chomsky te suena?

AMIGO.- ¿Quién?

TIPO.- Te propongo un ejercicio imaginativo sobre la realidad mundial en general y el terrorismo en particular.

AMIGO.- ¿Qué dices? No me comas la cabeza.

TIPO.- Muy fácil, tío: coge una noticia en un medio occidental cualquiera e invierte los protagonistas.

AMIGO.- No te entiendo.

TIPO.- ¿Qué ocurriría, por ejemplo, si Gadafi hubiera bombardeado Nueva York en el 86 porque sospechara su participación en un ataque a intereses libios?

AMIGO.- Bah.

TIPO.- ¿Qué pasaría hoy si aviones invisibles no pilotados pakistaníes o afganos sobrevolaran una boda en Long Island y mataran a todos los invitados? ¿Y si un grupo palestino

robara pasaportes europeos y asesinara en un hotel de Madrid a un hombre de negocios italiano...?

AMIGO.- Ya, ya.

TIPO.- Así podríamos seguir sin fin. Pero toma. (*Saca algo de su mochila.*) Lo mejor es leer directamente el libro.

AMIGO.- (*Ojeando el lomo.*) Chomsky, «Piratas y Emperadores». (*Se lo devuelve, displicente.*) Muy rayado tienes que estar para dedicarte obsesivamente a fotografiar cámaras de vigilancia callejera, tío. Vas fatal.

TIPO.- Los mayores productores de armas del mundo hablan de terrorismo sin ningún pudor.

AMIGO.- (*Con rictus compasivo.*) Fatal, fatal.

TIPO.- Y la gente se traga la psicosis inducida que nos quieren

vender.

AMIGO.- ¿Vender? ¿Para qué?

TIPO.- Para acojonarnos cada día un poco más.

AMIGO.- ¿Qué dices? ¿Quién está acojonado?

TIPO.- El miedo y el control de pensamiento es una industria muy próspera. Y mientras nos dejemos manipular...

El AMIGO señala los grandes edificios de enfrente braceando entre risas.

AMIGO.- Pero vamos a ver, tío, ¿a ti qué coño te molesta el ojo divino?

TIPO.- ¿Sabías que solo una de cada mil cámaras de videovigilancia contribuye a posteriori a la resolución de un crimen?

AMIGO.- Porque tú lo digas.

TIPO.- No lo digo yo. Lo dice Scotland Yard.

AMIGO.- ¿Y tú qué propones para prevenir el delito?

TIPO.- Esa mierda no sirve para disuadir a alguien que ya no tiene nada que perder. La gente que está jodida, hundida, no tiene mucha oportunidad de tomar decisiones racionales en su vida.

AMIGO.- ¿Qué propones tú?

TIPO.- Es absurdo apostar por soluciones técnicas a problemas sociales.

AMIGO.- ¿Soluciones técnicas?

TIPO.- Y carísimas: videovigilancia, escáneres, almacenamiento

de datos...

AMIGO.- Todo tiene un precio, tío. ¿O no?

TIPO.- Si el precio que tenemos que pagar para vivir seguros consiste en aceptar que una cámara instalada en cualquier esquina registre nuestros actos privados –por más pública que sea la calle–, entonces habrá que asumir que el derecho a la intimidad se terminó para siempre.

AMIGO.- ¿Pero qué cojones te pasa? ¿No quieres vivir tranquilo?

TIPO.- No puedo estarlo, tío, si nuestra privacidad está amenazada por entidades estatales y comerciales. Y...

AMIGO.- (*Estallando.*) Muy bien. De puta madre. Fotografía ese ejército de ojos, denúncialo en tu Web y mañana salimos todos armados con piedras a luchar contra él. ¿Es eso lo que quieres hacer?

TIPO.- Mira, tío, prefiero las cámaras apedreadas en mi barrio a que ningún funcionario o subcontratado privado vea con quién voy o no voy, cuándo salgo o entro...

AMIGO.- Pero, joder, si no haces nada malo o ilegal...

TIPO.- ¡Es una cuestión de dignidad, tío! ¡Dignidad!

El AMIGO se aleja rezongando.

AMIGO.- A mí me la pelan. Incluso, quiero más.

TIPO.- Y yo. ¡Yo también! (*El AMIGO se vuelve intrigado.*) Si hay cámaras en las calles, quiero cámaras en el despacho del Alcalde, en la jefatura de policía, en el consejo de Administración de los bancos y empresas...

AMIGO.- (*Sonrisa cómplice.*) Qué cabrón...

TIPO.- Sí señor. Y que se retransmita la señal online y abierta.

AMIGO.- Vale. Tienes razón. Vivimos en una sociedad cada vez menos libre y menos democrática. La seguridad es la respuesta, tío. La obsesión por la seguridad. Esa es la puta respuesta.

TIPO.- Vale. Pero entonces... *(Pausa.)* ¿Cuál era la pregunta?

El TIPO y su AMIGO se miran con risa perversa. Al instante se vuelven hacia un edificio oficial y, mirando al techo, agitan su mano a la par.

LOS DOS.- ¿Puedo saludar?

Los otros dos actores que en la primera escena hacían de HOMBRE 3 y MUJER (y que se han ido repartiendo personajes a lo largo de la pieza) aparecen de entre cajas y se suman a la pose de sus compañeros.

HOMBRE 3.- ¿Puedo saludar?

MUJER.- ¿Puedo saludar?

Los cuatro saludan alineados con la misma mano que amaga con hacerse puño. La bajan enérgicos mirando al público. Luego descienden hacia el patio de butacas para ocupar los mismos sitios que tenían al principio, dejando tras de sí la composición escénica inicial: una mesa de conferenciante, con un micrófono, botella de agua y vaso. Detrás, dos enormes pancartas que rezan «La solución a la crisis» y «Fundación Democracia y Bienestar». Y poco a poco se encienden las luces de la sala que la ciudadanía irá abandonando, a ser posible, sin rechistar...

TELÓN

